

una de sus actitudes, desde cualquiera de las dos formas que asume su soledad: la certidumbre cotidiana o la incertidumbre filosófica. Lo real invita al hombre a la convivencia. Lo incita a la comunión con él. El hombre capaz de escuchar la convocatoria que a él le dirige la médula de su existencia camina hacia el diálogo, hacia el centro de la revelación.

Esto es lo específico: el hombre de la ambigüedad, el protagonista de la revelación, el oyente del mundo es un ser dialógico. Ser, en su caso, significa estar en relación.

Sólo estoy en comunión con lo real cuanto estoy unido a lo real en su condición de inefable. Inefable es lo que no puede ser dicho. Dado que mi lenguaje habitual es predicativo, no es a éste al que recurriré para entablar el diálogo con lo real. Otro es el lenguaje de la relación y nadie puede pronunciar sus vocablos fuera del escenario y la conmoción del encuentro. Pero al encuentro, ya lo dije muchas veces, no se ingresa por voluntaria decisión sino en respuesta a un llamado comparable, en alguna medida, al arrebatamiento propio de la inspiración creadora o atravesado, en los términos de Marcel, por la *emoción*.

El hombre es, sin embargo, un ser con proclividad al encuentro. Con tanta proclividad al encuentro como a sustraerse del encuentro: «La exaltada melancolía de nuestro destino —escribe Buber en *Yo y Tú*— reside en el hecho de que en el mundo que vivimos todo *Tú* se torna invariablemente un *Ello*. Cada *Tú* en el mundo está, por su naturaleza, condenado a volverse una cosa, o por lo menos a renacer sin cesar en la condición de cosa».

Y más adelante añade: «Cada *Tú*, una vez transcurrido el fenómeno de la relación, se vuelve *forzosamente* un *Ello*».

La historia humana puede entenderse como la de lo hecho a favor o en contra del encuentro. Lo que en uno y otro sentido se ha logrado constituye la cultura. Es posible entender la historia de la cultura como historia del interés tanto como de la indiferencia que ha manifestado el hombre en su intento por caracterizar o dejar de caracterizar su contacto con lo real como experiencia fundamentalmente dialógica.

Lo repito: la correspondencia dialógica con lo real es correspondencia con lo real en su condición de inefable. En la inefabilidad de lo real radica el misterio de lo real. El lenguaje del diálogo no elimina el misterio, no lo dobliga. No es un lenguaje predicativo. Por el contrario, sostiene al misterio en la pujanza de su transparencia. Sabe convivir con él. No lo sojuzga ni lo daña.

Cuando el hombre trata de someter al misterio, ingresa en el mundo de las relaciones subjetivo-objetivas. Cuanto trata de liberarse de las relaciones subjetivo-objetivas sin haber sido llamado al encuentro, cae en el mundo de la actitud problemática. Entonces, filosofa.

A la luz del diálogo, todas las formas de lo real (las visibles y las invisibles, las próximas y distantes, las pasadas y presentes), acusan su imponderable raíz, revelan su ambigua proveniencia.

A este nuevo semblante de todo y cada cosa, a esta repentina nitidez de lo real que se ofrenda como misterio viviente, Buber lo llama *Tú*.

Tú es el otro cuando mi palabra lo alcanza más allá de la actitud natural, más acá de la actitud problemática: en la intimidad de la revelación, en el seno del encuentro.

Tú es el mundo, mi prójimo, un animal, los astros, cuando con ellos entablo diálogo. Diálogo es mi encuentro con lo real en el ámbito del misterio.

Yo soy el Yo de un Tú cuando rebaso mi actitud natural, cuando trasciendo mi actitud problemática y logro, mediante la gracia de la revelación, descubrirme como ser ambiguo, lo cual no implica despersonalizarme sino potenciar ejemplarmente mi personalidad.

«No es al Yo a quien se renuncia 'en el encuentro' —afirma Buber— sino a ese falso instinto de sí mismo que empuja al hombre a huir de ese mundo incierto, inconsistente, efímero, confuso, peligroso, que es el mundo de la relación, y a refugiarse en el tener cosas».

El mundo de las cosas a que recurre el hombre a fin de ampararse de la ambigüedad, el mundo de lo objetivo, es para Buber el mundo del *Ello*, antítesis del *Tú*. El Yo de la relación *Yo-Ello* es, para Gabriel Marcel, el «yo-fuente de informaciones». Al *ello*, se ha visto ya, Marcel lo designa «él». Para referirse a la relación *Yo-Tú*, el autor del *Diario Metafísico* emplea la expresión «nosotros». Tanto Buber como Jaspers parecen coincidir en lo que atañe al carácter ineludible de la caída periódica en el mundo del *Ello*. A éste se refiere el autor de *La Filosofía* con la expresión «ser-sabido». Mediante la *Gracia*, en un caso, o la *voluntad* en el otro, puede el hombre sustraerse a la calidad de relaciones que distingue al «ser-sabido» o ámbito del *Ello*. Pero la recaída en él aparece, en ambos pensadores, como un fenómeno constante, indefectible.

El Yo de la relación *Yo-Ello* nada tiene que ver, pues, con el Yo de la relación *Yo-Tú*. Aun cuando el hombre pueda ser alternativamente, cualquiera de esos Yo, no es el mismo hombre al ser uno u otro Yo.

El mundo del *Ello* es el universo del entendimiento configurado de espaldas a la experiencia del misterio. El mundo del *Ello* es el escenario de la lucha encarnizada entre sujeto y objeto, el reino de la omnipotencia de la técnica, y también el sitio de la soledad. Volvamos a Buber. Leámoslo, esta vez, en su *Eclipse de Dios*: «En nuestra era, la relación *Yo-Ello*, gigantescamente hinchada, ha usurpado prácticamente sin oposición el dominio y la regla. El Yo de esta relación, un Yo que lo posee todo, lo hace todo, lo logra todo, este Yo incapaz de decir *Tú*, incapaz de encontrarse con un ser esencialmente, este Yo es el señor de la hora. Esta personalidad consciente que ha llegado a la omnipotencia, rodeada de todo el *Ello*, no puede naturalmente reconocer a Dios ni a ningún absoluto genuino que se manifieste a los hombres como de origen no humano. Se interpone y nos priva de la luz del cielo».

Cuando, en cambio, el dominio de la soledad se transforma, por obra de la revelación, en el cosmos de la convivencia, y el lenguaje posesivo deja su lugar a la palabra dialógica, todo adquiere su esencial peso ontológico y así pasa a ser un *Tú*.

## Dios

Al interlocutor de la realidad revelada, al *Tú* de este *Yo*, y al *Yo* de tal *Tú*, Martín Buber lo llama persona.

Persona es el hombre que ha logrado reconocerse con referencia al fundamento de la existencia y que, por obra de ese mismo reconocimiento, ha podido comprender también la realidad como interlocutora. Se lee en *Yo y Tú*: «En la subjetividad madura la sustancia espiritual de la persona. La persona se torna consciente de sí misma como participante en el ser, como coexistente, y por lo tanto, como ser. El individuo adquiere consciencia de sí mismo siendo *así* y no de otro modo. La persona dice: 'Yo soy'; el individuo dice: 'Yo soy así'. 'Conócete a ti mismo', significa para la persona: 'conócete como ser'; para el individuo significa: 'conoce tu particular modo de ser'. Cuanto más fuerte es el *Yo* de la palabra primordial *Yo-Tú* en la dualidad del *Yo*, tanto más personal es el hombre».

En su carácter de interlocutora del hombre, la realidad resplandece como misterio. No como misterio «relativo de lo inaccesible sólo al estado actual del conocimiento humano y, por eso mismo, descubrible. Se trata —enfatisa Buber en el citado *Eclipse de Dios*— del misterio esencial, cuya inescrutabilidad forma parte de su misma naturaleza; se trata de lo incognoscible. A través de este oscuro portón (que es sólo un portón y no como creen algunos teólogos, una morada) el creyente penetra en lo cotidiano que, desde ese momento, resulta consagrado como lugar en el cual él debe vivir en el misterio. Penetra dirigido y asignado a las situaciones concretas, contextuales de su existencia». (...)

«Que el hombre creyente que atraviesa el portón del temor está dirigido hacia las situaciones concretas y contextuales de su existencia, significa precisamente eso: que soporta ante la faz de Dios la realidad de la vida vivida, por terrible e incomprensible que ésta sea. La ama en el amor a Dios, a quien ha aprendido a amar».

El misterio de lo real, puesto de manifiesto en la actitud dialógica, es —para la sensibilidad religiosa— la epifanía de Dios. Soy persona cuando advierto y acepto a Dios como interlocutor, como mi *Tú Eterno*. Y eterno como *Tú*, precisamente, porque no es posible convertirlo en *Ello*.

Dice Buber: «Entrar en la relación pura (con Dios) no es descuidar toda cosa; es ver toda cosa en el *Tú*; no es renunciar al mundo, sino establecer el mundo sobre su verdadera base. Apartarse del mundo no es dirigirse a Dios; tener los ojos fijos sobre el mundo no acerca a Dios tampoco. Pero quien ve el mundo en Dios está en presencia de Él».

Dios es, para Buber, el misterio interpelándome. Dios es el misterio irrumpiendo en lo más cercano, en lo que siempre estuvo aquí, a mi alcance, y que, pese a ello permaneció distante porque mis ojos fueron ciegos y mi corazón —hasta entonces— sólo supo ser sujeto.

«Ciertamente —añade Buber— Dios es el 'Todo Otro'; pero es también el 'Todo Mismo', el 'Todo Presente'. Ciertamente, es el *Mysterium Tremendum* que aparece y abate; pero también es el misterio de lo autoevidente, más cercano a mí que mi Yo. Si averiguáis la vida de las cosas y del ser incondicionado llegaréis a lo insondable; si negáis la vida de las cosas y del ser condicionado estáis ante la nada: si santificáis esta vida encontraréis al Dios viviente».

La santificación de lo viviente se cumple, para Martín Buber, mediante el acto de comunión que implica el diálogo. Pero el territorio del diálogo, el sitio del encuentro —como ya se vio— no constituye una morada en la que ingreso para no volver a salir. Soy un ser transitivo. Voy y vengo del *Yo-Tú* al *Yo-Ello* y del *Yo-Ello* al *Yo-Tú*. Soy aquél que se reconoce y se desconoce, quien recupera la verdad y la extravía en el mundo de las certidumbres, en el horizonte de la problematicidad. El misterio, a cuyo contacto comprendo quién soy, me devuelve, empero, al mundo del *Ello*. Sólo en el tiempo me es dado experimentar la presencia de Dios y su esencial consistencia. En el tiempo lo encuentro y me encuentro. Pero también en el tiempo lo pierdo y me pierdo. La historia es su ámbito y en ella irrumpe la gracia de la revelación para que yo *comprenda* que mi alma entraña un paradójico sentido imponderable. Pero es igualmente cierto que de la historia parte esa gracia para que yo *comprenda* que soy libre. La libertad me permite refundar mi cosmovisión sobre la base del encuentro con el *Tú* en cualquiera de sus dimensiones. Sin embargo, puedo no hacerlo. Aunque no está en mí determinar el instante del diálogo, puedo sí determinar el destino histórico-cultural de la experiencia dialógica. Si he comprendido la experiencia de la revelación, qué suerte he corrido en esa experiencia y lo que en ella ha sido del mundo, santificaré la vida. Si no lo he comprendido, despreciaré la palabra dialógica y me internaré en la senda de la subjetividad dominadora.

Al hombre le ha sido ofrecido el don del diálogo pero no está obligado a aceptarlo. El hombre puede, por momentos y si lo soporta, ser persona; si con todo su ser, con su *ser entero*, es capaz de responder, en esos momentos, al llamado del «que, en términos de Buber, resplandece a través de todas las formas y carece Él mismo de forma»; al llamado de *Aquél* que lo invoca para que ambos sean, plenamente, hondamente, *Yo y Tú*.

**Santiago Kovadloff**